

La sangre tira, los huesos llaman

Esta nota generó una corrección debido a que en esta se da por muerto al escritor y periodista Héctor Abad Facciolince, cuando se trata de su padre Héctor Abad Gómez, conocido defensor de los derechos humanos, muerto hace varios años en un atentado. Esta corrección se publicó el 26 de noviembre de 1996 en la página 2ª.

Una sobria lápida de mármol sella la cripta en donde reposan el cráneo y los 76 huesos de Luis Fernando Lalinde Lalinde, entregados por el Ejército, tras su desaparición hace 12 años y luego de haber sido sepultado como N.N. en la falda de una colina en Caldas. Esa lápida es nuestro trofeo, dice con nostalgia y sin triunfalismos Fabiola Lalinde de Lalinde, quien dio cristiana sepultura a los restos de su hijo, que desde el lunes pasado reposan en una urna esculpida por las manos de su hermana, que como doña Fabiola y su familia, ahora sienten que pueden dormir en paz.

Menuda, tierna, analítica, terca, escéptica, intuitiva y amante de la verdad por encima de todos los riesgos y las manipulaciones, doña Fabiola desafió con la ley en las manos, las mentiras, las amenazas, los montajes, el desprestigio, la persecución y el exilio de sus seres queridos.

Incluso, pagó 15 días de cárcel, acusada falsamente de ser cabecilla de la narcoguerrilla en Antioquia. Según ella, ha sido la única vez en su vida que ha tenido vacaciones y, además, por cuenta del Estado.

Su drama comenzó el 2 de octubre de 1984, día de los Angeles de la Guarda y época de intentos de diálogo y desarme por parte del Ejército Popular de Liberación (EPL). La desaparición

Ese día, Luis Fernando había salido de la casa por última vez. Habló por teléfono y dejó razón de que al día siguiente regresaría.

En el trayecto del trabajo a la casa, mientras la lluvia caía, doña Fabiola decidió entrar a la iglesia a rezar su oración preferida desde niña: Angel de la guarda, dulce compañía... Un mes después, luego de que otro de sus hijos recorriera Manizales, Pereira y Riosucio buscando a Luis Fernando, la familia supo que en el municipio de Jardín (Antioquia), había sido detenida una persona con las características de su hijo.

Los campesinos le contaron a Jorge que su hermano había sido detenido por una patrulla militar, interrogado, golpeado y amarrado a un árbol delante de los niños de la escuela veredal.

Años más tarde, un hombre desde España le contó a doña Fabiola que cuando el Epl y el Gobierno negociaban el desarme, unos 20 guerrilleros de ese grupo fueron atacados en su campamento por el Ejército.

PERIODICO: EL ESPECTADOR

FECHA: NOVIEMBRE 24 DE 1996

TEMA: DERECHOS HUMANOS

Hubo heridos de lado y lado y Luis Fernando, como militante de las Juventudes Comunistas (Juco) fue hasta el sitio para llevar ayuda humanitaria a los heridos. En momentos en que regresaba de su misión fue detenido por el Ejército.

Cuando Luis Fernando desapareció, doña Fabiola trabajaba en una cadena de almacenes. En cualquier rato libre que tenía, se dedicaba a escribir cartas, llevar memoriales y hacer llamadas para insistir que le devolvieran a su hijo.

Su ritmo de vida y el de sus otros tres hijos cambió radicalmente. De ama de casa y cabeza de familia se convirtió en el centro de todo un equipo con más voluntad que recursos.

El Juez 13 de Instrucción Criminal de entonces hizo un pronunciamiento oficial después de ir al lugar en donde Luis Fernando fue detenido. Allí recibió la declaración de 15 campesinos que contaron que el joven, de 26 años, había sido capturado, torturado y amarrado a un árbol pero no aparecía ni vivo ni muerto por ningún lado. La búsqueda

Durante los últimos 12 años la vida de doña Fabiola giró en torno a la idea de recuperar a su hijo.

En una de sus visitas a una brigada, un militar pidió unos archivos en donde figuraba un N.N. con el alias Jacinto, que había sido muerto por intento de fuga durante el enfrentamiento en Riosucio y sepultado por el Ejército en una colina de esta población. Para ella, se trataba de Luis Fernando. Su corazón se lo decía.

Desde entonces, su interés se convirtió en recuperar los restos de su hijo y devolverle la verdadera identidad.

Las fotocopias, el correo, las llamadas fueron el pan de cada día en su casa y pasaron a ser parte de la canasta familiar. Las salidas a cine, los paseos y los regalos quedaron en un segundo plano.

Doña Fabiola encontró otras familias con las que compartió la misma tragedia. Junto con el médico Héctor Abad Facciolince (q.e.p.d.) fundó el capítulo Antioquia de la Asociación de Familiares de Desaparecidos (Asfaddes).

Muchos le decían que dejara de buscar a su hijo, que abandonara la bandera de los desaparecidos que había abrazado con tanta fuerza, que esas cartas eran bobadas. Pero ella se convirtió en miembro activo de Asfaddes hasta ser su presidenta, cargo que desempeñó hasta hace cuatro años. En esta tarea la acompañó su hijo Mauricio, quien sufrió tres atentados y tuvo que irse a vivir en el exilio.

Cuatro años después de la desaparición de su hijo, Facciolince fue asesinado y ella sintió que todo estaba perdido porque él siempre le había dado ánimo.

PERIODICO: EL ESPECTADOR

FECHA: NOVIEMBRE 24 DE 1996

TEMA: DERECHOS HUMANOS

Meses después, un periodista alemán, miembro de Amnistía Internacional, la contactó para que le contara su historia y en 1987, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA se pronunció sobre el arresto y muerte de Luis Fernando: el Gobierno de Colombia ha violado el artículo 5 de la Convención Americana de Derechos Humanos y recomienda sancionar a los responsables de los hechos.

El tiempo pasó y doña Fabiola siguió en su lucha. Siempre amable, dulce y sin rencor. Pese a que en algunas ocasiones tuvo los nervios destrozados y estuvo a punto de desfallecer, siguió adelante, pues según ella, las únicas pepas que podía pasar eran las de la camándula.

El hallazgo

Con un ejército de ángeles de la guarda en el cielo y otros en la tierra, doña Fabiola dice que logró en 1992 que se exhumaran los restos del N.N. alias Jacinto. Siete años y medio pasó en la raíz de un árbol, dice doña Fabiola.

Sin embargo, la historia no terminó allí. Aunque en esa ocasión se recuperaron parte de los huesos y la ropa, las autoridades insistían en que era N.N. Jacinto porque se practicó una prueba genética de ADN pero el Juez Militar no la aceptó y los restos fueron guardados en una caja en la Brigada de Armenia.

En 1993, un antropólogo forense reconocido mundialmente hizo un nuevo análisis a los restos y dijo que sí correspondían a Luis Fernando. Insistieron con una nueva prueba en la Universidad de Berkley, en California, y en mayo de este año la genetista Mary Claire King dictaminó que los restos correspondían a un miembro de la familia Lalinde Lalinde.

Con base en ese concepto, el 23 de octubre pasado, el Juez Penal Militar de la Brigada de Armenia, ordenó entregar los restos el 18 de noviembre pasado y puso fin a la incertidumbre que padeció doña Fabiola en los últimos 12 años, siguiendo el dictado de su corazón, porque la sangre tira y los huesos llaman.

Yo soy del montón, del común de las mujeres de este país. Si yo fui capaz de enfrentar la desaparición de un ser querido, cualquier persona también lo puede hacer, asegura doña Fabiola.

Con la voz queda, algunas arrugas y unas cuantas canas, lágrimas, risas y rezos como huellas de la odisea de una madre, doña Fabiola se convirtió en ejemplo de lucha contra la sepultura de los N.N., la misma que quiere encender un cigarrillo y pasarse el resto de su vida dándole gracias a Dios porque para ella, recuperar los restos de su hijo fue un milagro.

La terquedad de una madre, Fabiola Lalinde, y su lucha legal contra la desaparición forzada lograron devolverle los restos de su hijo Luis Fernando, quien fue torturado, muerto y sepultado como N.N.

PERIODICO: EL ESPECTADOR

FECHA: NOVIEMBRE 24 DE 1996

TEMA: DERECHOS HUMANOS

El cráneo y los 76 huesos de Luis Fernando permanecieron siete años y medio enterrado en la raíz de un árbol y cuatro años y medio más dentro de una caja de cartón en la brigada.

Acusada ser cabecilla de la narcoguerrilla, doña Fabiola (primera a la der.) pagó 15 días en la cárcel.

Solo hasta el lunes pasado los restos de Luis Fernando descansaron en paz Luis Fernando, quien era militante de Juco, desapareció el 2 de octubre de 1984 cuando fue a auxiliar a los heridos de un enfrentamiento entre el Ejército y el Eln